

tes y unos pocos más que Shakespeare, cierra los ojos de la vida. Una llama se apagaba en Córdoba y otra agonizaba en Madrid. Tal vez desconocidos entre sí, porque la desgracia no los juntó en su ruta, como la gloria los unió en la inmortalidad, Garcilaso y Cervantes, los dos insignes clásicos de habla española, acababan para el mundo. En la capilla de las Animas de la histórica ciudad, al calor de un hermoso epitafio que los libros divulgan, y bajo la custodia de los blasones de sus padres, el del Capitán Garcilaso y el de los Incas, sus abuelos, con el Sol, la Luna, el arco iris, el llauta y las sierpes en azul, duermen para siempre los despojos de aquel que escribió el bello poema de su Raza, comparable al drama Ollantai por encerrar dentro de sus páginas el espíritu bravo y atribulado de un pueblo y de una civilización. Ambas obras son las únicas que guardan "ecos de una -sumergida tradición que no han podido vivir luego sino subterránea e inconscientemente; ahogados suspiros del irreparable secreto olvidado, últimos y tenues remolinos sobre las aguas de un insondable naufragio".

He dicho.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR ALBERTO
DELGADO EN EL DESFILE ESCOLAR DEL DIA 12
DE ABRIL EN EL CUZCO**

Jóvenes estudiantes:

Es común a pueblos e individuos suspender por breves instantes el agitado ritmo del vivir inmediato para entregarse en actitud meditativa a la saludable tarea de reconstruir el pasado.

De tal actitud, de la reflexión serena y la discriminación valorativa de lo ya realizado derivan para el individuo los más fuertes estímulos y los cimientos básicos de su personalidad. Ser persona que es algo más que ser meramente humano implica una conciencia vigilante que mantenga la cohesión orgánica entre la conducta actual y sus más remotas motivaciones. Igualmente, en el orden colectivo, la sistemada y serena meditación sobre el pasado, es la fuente fecunda inspiradora de la acción futura de los pueblos. A esta reflexión, como acertadamente se ha dicho, que "actualiza el pasado colectivo" llamamos historia. Y la historia es para los pueblos el sustentáculo de esa superior coherencia que se traduce en el ethos colectivo, en el espíritu nacional, en la cultura propia. Por esto, nosotros, jóvenes estudiantes, nos hemos congregado en el pórtico de esta casa solariega para llenar esta exigencia de meditación que reclaman las glorias y desventuras de nuestro pueblo, los fastos y nefastos de nuestra raza. Y lo hacemos precisamente hoy que se cumple el Cuarto Centenario del Nacimiento de Garcilaso Inca de la Vega, para poner el fervor del minuto meditativo bajo la sombra espiritual del gran mestizo que es la encarnación viva de nuestra nacionalidad, por la doble herencia de sangre que corrió por sus venas y el espíritu que animó su obra. Bien está que esta meditación histórica la presida el espíritu de Garcilaso que es la historia encarnada y la historia escrita de nuestro pueblo.

Corrían los años del segundo del cuarto del siglo XVI. A fines de 1533 un puñado de bravos aventureros españoles capitaneados por el genial y audaz Francisco Pizarro llega hasta las puertas de esta imperial ciudad del Cuzco, después de haber teñido en sangre sus victoriosos pendones en Cajamarca. La ciudad reposa bajo el oro de un frío y opaco sol de noviembre y destaca en la amplitud del valle la hierática magnificencia de sus templos y palacios. Un silencio de muerte se congela en esta histórica plaza de Cusipata, muerde el

granito de las construcciones, se expande por las colinas próximas y va a morir, allá lejos, en los recodos más ocultos de la quebrada y en los picos nevados de la cordillera. El Cuzco, la ciudad sagrada, capital política y religiosa de un Imperio es hollado por la planta del conquistador y en la profundidad de ese silencio solo rezueñan el metálico repique de los arreos militares y las férreas herraduras de los caballos de batalla. La ciudad ha sido conquistada. Se completa la obra que inició el sueño profético de un visionario, Cristóbal Colón, y llevó a cabo la audacia e intrepidez de una raza igualmente admirable por la excelcitud de sus virtudes y la grandeza de sus pasiones. A la pacífica ocupación suceden luego el saqueo de los tesoros almacenados por un pueblo industrial y la demolición de templos y palacios. Una desenfrenada orgía desborda los instintos primarios de la especie y pone sus notas de dolor de sangre y exterminio. En el tapete de la historia se juega el destino de un pueblo y ruedan los dados cavilosos para entregar a los azares de la fortuna al dios tutelar de una raza. El silencio se hace aún más profundo, el estupor sella los labios tras un corto y estrangulado grito de protesta, y en la mudez, que vienen prolongando los siglos hay un vivo reclamo de palabras nuevas.

¿Quién ha de responder a esta exigencia vital que clama por un nuevo repertorio, por una nueva fe, por un nuevo dios, desde el espíritu estrangulado de una raza? Porque la conquista significó eso para la raza aborígen: la esclavitud espiritual que sepultó en las profundidades subconscientes sus modos habituales de expresión: su arte, su literatura, su ciencia, sus formas políticas, su fe religiosa. Aún no hemos dado respuesta al inquietante problema de recrear el espíritu de esa raza que es la nuestra, al problema capital de nuestra nacionalidad, al clamoroso problema indígena. Y precisa advertir que este problema indígena no es simplemente el de incorporar a la civilización los dispersos habitantes de nuestras serranías. Es además el problema de saturar de espíritu, de

crear regulados impulsos de voluntad, para canalizar los bruscos estallidos psíquicos del mestizo. Vale decir: un solo problema se agita en el subconsciente de cuantos llevamos en las venas la sangre de los vencidos en Cajamarca y de los que enmudecieron de estupor ante el paso de las falanges conquistadoras, en los tétricos días de la Conquista.

Sorprenderá de pronto el que esta divagación parezca ajena a los motivos que nos han congregado. Y es que, jóvenes estudiantes, si es cierto que no hemos dado respuesta definitivo al clamor de nuestra raza, no faltan en el ejemplario de nuestra historia, espíritus superiores, que sintieron en su propia carne el disloque psíquico; y nos han legado los signos iniciales con que se escribirán en el futuro las nuevas palabras que nos rediman del silencio. El más grande, entre todos ellos, el que inicia la cruzada redentora, es este egregio mestizo que se llamó Garcilaso Inka de la Vega.

No he de fatigar vuestra atención con una dilatada biografía del Inka historiador, porque sólo precisa señalar algunos breves rasgos para destacar su figura, como la mas gallarda del panteón de nuestros inmortales.

En ese ambiente de Epopeya de los primeros años de la Conquista nació Garcilaso Inka de la Vega. Es el fruto de los amores de un orgulloso conquistador de noble prosapia castellana y de una bella ñusta de sangre imperial: el capitán extremeño Garcilaso de la Vega e Isabel Chimpu Ocllo descendiente de Túpac Yupanqui. Se trata, pues, de un depurado tipo humano, fruto de la conjunción de dos aristocracias en la plena vigencia de su poderío. De la aristocracia que forjó un imperio y de esa otra que acababa de dorar sus blasones en la guerra titánica de la Reconquista. Recibe por herencia todo el peso de dos tradiciones raciales que él supo armonizar en una síntesis superior. Cómo no reconocer al indígena en el rapazuelo vivaz que recorría los campos vecinos, capitán de una cuerda de traviesos palomillas. Cómo no ver un auténtico español en el fornido mocetón, experto jinete, hábil en los juegos de caña. Su sangre castellana le lleva a com

petir ventajosamente en los torneos caballerescos que se realizan en esta plaza de Cusipata entre los hijos de los Conquistadores. La misma sangre que más tarde le llevara a sentar plaza de soldado en los tercios españoles y vagar por el mundo con igual sentido aventurero que su progenitor. Y luego es español, típicamente español, de un españolismo que recuerda las figuras más saltantes del ejemplario peninsular eso de despojarse a mitad de la aventura los arreos militares para vestir un modesto hábito talar. Es el gesto de don Quijote ya curado de locura; es también el gesto de Felipe II que se refugia en un monasterio después de pasear los pendones de Castilla por la mitad de Europa y es el gesto del soldado Ignacio de Loyola. Pero es indígena, profundamente indígena la reconstrucción con que el niño escucha en el hogar materno los relatos de la grandeza pretérita de su raza. Es quechua ese regocijarse melancólicamente con las glorias pasadas, ese tornar los ojos y ese sentir el peso de la tradición en el espíritu. Es quechua esa nostalgia por el hogar lejano que se traduce en los "Comentarios Reales". Garcilaso sólo pudo escribir su obra maestra a los sesenta años, cuando el torcedor de la ausencia lejana había sido acallado por la resignación que depara la vejez y los consuelos que proporciona una profunda piedad religiosa. Si los "Comentarios Reales" se hubiesen escrito antes, la pluma de Garcilaso nos habría legado una llorosa elegía, trasunto de un estado de espíritu, enfermo de nostalgia y no el documento en que se contienen las noticias más valiosas sobre nuestro pasado precolumbino y que hacen de los Comentarios Reales, uno de los más valiosos monumentos de la literatura histórica escrita en lengua castellana. Urge esta aclaración para robustecer la sagaz crítica con que el Dr. La Riva Agüero refuta una acusación de plagio formulada contra el Inka historiador, y uno de cuyos capitales argumentos se refiere a la edad en que Garcilaso escribió los Comentarios. Garcilaso Inka, defiende con fiero orgullo castellano los títulos nobiliarios que derivan de su estirpe materna. Dispone en su testamento la inscripción

de una lápida que destaca su apelativo indígena y se graban en la verja de la capilla en que reposan sus restos los emblemas de la nobleza imperial junto a los blasones de los Vargas y Suárez de Figueroa.

La calidad de la actitud es castellana por sus formas e indígena por su contenido. Es la del español que no admite reparos sobre la calidad de sus títulos y pone todo su ímpetu caballeresco en defenderlos. Y esto, cuando ya en España y en América, había surgido ese estado de espíritu que se traduce en el menosprecio de la nobleza peninsular por la nobleza criolla y mestiza. También es indígena ese sutil sentido paisajista que desbordan las páginas de los Comentarios. Sus descripciones de lugares y monumentos, hechas en una severa prosa castellana, maravillan por su exactitud y su colorido. Esta calidad literaria es propia del mestizo cuzqueño, de Cuzco, tierra pródiga en pintores y dibujantes, en artistas del pincel y del lápiz. Y por último él, es quechua esa "indole amable y generosa" que quedó patente en todos los hechos de su vida y todos los ragos de su pluma" a que se refiere el más autorizado crítico de Garcilaso, Dr. José de la Riva Agüero. "Indole amable y generosa" que está muy lejos de la arrogante prestancia con que derrocha el español su bondad generosa por el mundo. Hombre reconcentrado, de pocas palabras, grave de continente, debió ser Garcilaso. Sus modos y maneras distaban mucho de ser aquellas que han acreditado esa jocunda fanfarronería española. La fanfarronería del peninsular que entregó a España el botín de un Continente. No sabemos si alimentó su espíritu esa pasión típicamente española por los juegos de azar, pero si sabemos que le ganó la partida a Mancio Sierra de Leguizamo, reconquista para su raza al dios tutelar que se eclipsó en la noche de la Conquista. Garcilaso es, señores, la más pura gloria de la raza. De esta que viene forjando el destino de América con el orgullo de su doble prosapia española e indígena. En tanto no surja en el escenario de América-hispana, el profeta redentor de las

razas aborígenes, habremos de considerar a Garcilaso Inka de la Vega, como el precursor del único movimiento ideológico realmente americano. De ese movimiento ideológico que postula una síntesis cultural superior que disuelva las contradicciones que dislocan nuestra vida psíquica individual y colectiva.

Jóvenes estudiantes, en el patio solariego de esta casa, un niño mestizo sembró la simiente de la nueva fé que hará la grandeza de nuestro pueblo. Inclinémonos reverentes ante su recuerdo.

**DISCURSO LEIDO POR EL DR. MARIANO IBERICO
RODRIGUEZ EN EL ACTO DE SER NOMBRADO
DR. HONORIS CAUSA EN LA FACULTAD DE
FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
DEL CUZCO**

Señor Rector,

Señores:

Traigo la palabra de la Universidad de Lima, que se asocia al Cuzco y a su Universidad en la glorificación del Inca Garcilaso de la Vega. Y al hacerlo, se juntan en mi espíritu un vivo sentimiento de peruanidad que se exalta ante la evocación de una figura de tan alto y trascendente sentido y la profunda emoción personal de quien alimentó el sueño constante de venir al Cuzco a respirar su poesía de siglos y a tributar a su pasado grandioso, su homenaje de admiración y reverencia.

No es una superstición creer en la existencia de lugares sagrados, de sitios elegidos por el destino para irradiar la misteriosa influencia del alma. Existen esos lugares privilegiados llenos de vida contagiosa, focos de mágica irradiación, y el Cuzco es uno de ellos. Por arcano designio fué aquí donde